

## LA RESIDENCIA

Cuando finalizó sus estudios de psicología, comenzó su residencia en un hospital de día, ubicado en las cercanías de una villa de emergencia. El vecindario, llamaba a ese centro sanitario: "la salita".

El primer día, buscando el centro sanitario, se sentía muy segura. Estaba convencida de que el bagaje adquirido en esos cinco años que cursó en la facultad, le bastarían para hacer un buen papel, ser útil para esa comunidad y, al mismo tiempo, obtener una experiencia valiosa antes de emprender su definitiva vida profesional.

Cuando encontró el lugar se decepcionó. El hospital ocupaba un local pequeño: cuatro cubículos servían de consultorios, a eso se sumaba una enfermería con grandes vitrinas donde se amontonaban medicinas, estetoscopios e instrumental -en su mayoría en desuso-, más una heladera que funcionaba de vez en cuando.

El personal estaba compuesto por un médico clínico que hacía una fugaz pasada tres veces por semana; un pediatra con hábitos similares; una asistente social; una enfermera y; a partir de ese momento, ella, la psicóloga, que estaría los pocos meses que duraría su residencia.

La asistente social -una mujer de mediana edad y un tanto excedida de peso- le advirtió de movida:

- Aquí la gente no confía en nadie. Traen a los críos porque les va mal en la escuela - los que van a la escuela- el resto vaga o los mandan a la calle a robar o mendigar.

La enfermera, una mujer mayor, se limitó a saludarla y luego de mirarla detenidamente, le indicó que su ropa no era la adecuada para estar allí.

No entendía, se había puesto su pantalón más gastado y una remera vieja.

La enfermera al ver su desconcierto, le aclaró que por ese jean de marca, podían tener problemas. La remera y los zapatos -unos mocasines viejos que ella usaba en el secundario- estaban bien.

A pesar de las advertencias, las mujeres la recibieron amablemente, le ofrecieron café y la fueron poniendo al tanto de las características de los médicos ausentes.

Un mes después, su contacto con pacientes se reducía a una mujer adulta y a un grupo de chiquillos con problemas de aprendizaje o mal comportamiento.

La paciente adulta la desconcertaba, a veces pensaba que se reía de ella. No podía entender que no supiera con exactitud el número de sus hijos. Sabía que en la casilla, vivían seis chicos, que deambulaban todo el día por las callejuelas de barro, pero decía tener otros en su pueblo natal de Misiones, sin recordar cuántos eran.

Curiosamente, la mujer nunca olvidaba, por parecerle algo totalmente extraordinario, que la psicóloga trabajara en ese dispensario barrial sin percibir ningún salario. En la primera entrevista le preguntó si le pagaban bien por trabajar allí, ella había aclarado que no cobraba porque estaba haciendo una residencia, un requisito que le exigían para terminar su carrera.

La mujer no podía entender eso de trabajar gratis y cada vez que la veía, volvía a preguntarle con cierta esperanza, si le habían pagado.

La paciente llegaba puntualmente los días que habían fijado para la terapia y ella la recibía contenta después de tanto niño con trastornos de aprendizaje, de conducta, maltrato o desnutrición.

Era evidente que a la paciente le gustaba hablar. En las entrevistas tenía oportunidad de explayarse y contar cosas que, casi siempre, estaban referidas a sus amantes.

Viendo su boca desdentada y su cuerpo deformado, costaba mucho creer que fuera una mujer asediada por los hombres. En sus relatos incluía los conflictos que tenía con las vecinas, porque sus maridos la buscaban a ella.

La asistente social confirmó las palabras de la paciente:

- Es una puta que se acuesta con todos, sin respetar a sus mujeres. Una vez, entre varias, le dieron una paliza que la mandó al hospital.

La enfermera trataba de ayudarla, recordándole que debía vacunar a los chicos, dándole consejos sobre higiene e incluso lavando y curando la cabeza de los críos, cuando detectaba piojos.

La asistente social no quería a la mujer. Cada vez que la veía por el dispensario, repetía que era una vergüenza que los niños se criaran en ese ambiente de ignorancia y promiscuidad. Afirmaba que las autoridades deberían sacarle la tenencia y mandarlos a una institución de menores, pero no hacía ninguna gestión al respecto.

Pasaron varios meses y la paciente seguía viniendo a preguntar por el pago de su trabajo, contar sus asuntos amorosos y sus peleas con las otras mujeres.

La psicóloga, se daba perfecta cuenta de que no estaba haciendo un trabajo terapéutico y cuando iba a supervisión, le avergonzaban los pocos o nulos avances logrados en ese caso y en los otros.

Al mismo tiempo pensaba cómo se escandalizaría la paciente, si supiese que ella debía pagar para supervisar un trabajo que no cobraba.

Cuando la conciencia le remordía, trataba de cambiar en algo la dinámica de trabajo y entonces se sorprendía dando consejos a la paciente al estilo de la asistente social. Le hablaba de su responsabilidad con relación a los hijos, de la necesidad de mandarlos a la escuela, etc.

La paciente la escuchaba estoicamente y después empezaba alguna otra historia sobre una vecina que la había "ojeado", por envidia, celos o maldad.

Cuando la mujer se iba, la asistente social ponía su granito de arena y volvía a empezar con la cantinela sobre lo mala madre, sucia y puta que era. Un día, comenzó a desarrollar una teoría sobre las causas de su éxito sexual: según su hipótesis, las mujeres prolíficas atraían más a los hombres por aquellos resabios primitivos de la especie que los hacían buscar, inconscientemente, que su semilla cayera en terreno fértil.

Después, para desconcierto de la psicóloga, la asistente social se puso a llorar. Cuando ella logró calmarla con los únicos recursos que tenía en ese momento -un paquete de pañuelos de papel que usaba para los mocos de los pequeños pacientes y un vaso de agua- tuvo que oír la historia de su matrimonio: el marido la había dejado por una mujer que tenía tres hijos y ahora dos más de la unión con él.

Entre sollozos y mocos contó:

- Decía que no importaba la falta de hijos, que éramos felices igual, pero me dejó por una ramera igual que esa.

La enfermera se mantenía al margen de esas charlas, ella no juzgaba a nadie y ayudaba como podía. Su preocupación era su eminente jubilación. Viuda y sin hijos tenía miedo de ese futuro de soledad

Fabiana empezó a darse cuenta de que su vida y sus pensamientos parecían girar exclusivamente alrededor de lo que ocurría en la salita.

Su novio, se había quejado porque le prestaba poca atención a cosas tan importantes como la elección de los muebles del departamento o la fecha del casamiento.

Ella trataba de abstraerse de la fascinación de las historias de esas mujeres, que la habían elegido como confidente: la asistente social, que repetía que debía trabajar en ese lugar de mierda mientras la familia de su exmarido vivía fastuosamente; la paciente, que seguía relatando sus conquistas amorosas y sus dificultades con las vecinas; la enfermera, con su temor al futuro.

Trató de reparar su actitud tan poco profesional y le otorgó más atención a otros casos, incluso logró que algunos chicos superaran sus dificultades escolares, para lo cual tuvo que oficiar de maestra.

Casi al final de su residencia, recibió un paciente que no provenía de la villa. Era indudable que el adolescente -según consignaba la historia clínica, tenía quince años- no había dado su nombre ni su dirección verdaderos.

Después de varios encuentros, el chico sólo había hablado de las características de su familia. Que era, según relataba, muy rígida: Se regían por el discurso de la iglesia, mejor dicho del párroco, un cura ultraconservador que no aceptaba ninguna desviación de su doctrina.

El relato sobre su familia se repetía día tras día y no avanzaba más allá.

En una de las sesiones, Fabiana le comunicó que estaría pocos días más en la salita -lo cual era cierto- para que él joven expresara el verdadero motivo de consulta. Al día siguiente llegó decidido y apenas traspasó la puerta, dijo:

- Estoy enamorado de mi hermana y tenemos relaciones. Si se enteran mis padres, nos matan.

Repentinamente, el tan estudiado y prohibido incesto, llegaba sin aviso a su ordenada vida. No correspondía que se escandalizara, pero tampoco sabía como actuar.

Preguntó desde cuándo ocurría eso, pero no oyó nada del relato. Estaba molesta no sólo por el problema del joven, también por su incapacidad para actuar en forma adecuada, sólo deseaba irse de allí.

La asistente social le había contado que las relaciones incestuosas eran comunes en la villa, y ella lo había aceptado como un emergente lógico de la pobreza y la promiscuidad; pero que este fenómeno se produjera en una familia de clase media no podía aceptarlo.

Cuando acabó su residencia, se sintió aliviada, no tendría que seguir trabajando ahí ni en ningún sitio parecido.

Su tío tenía una clínica psiquiátrica y desde pequeña supo que su futuro laboral estaba allí. No había estudiado medicina y psiquiatría, como era el deseo del tío. Al elegir psicología había substituido el mandato familiar.

Los últimos meses del año se dedicó frenéticamente a concretar todos los preparativos de su casamiento. Cuando pudo sentarse en el avión que la llevaba a su luna de miel, recién se pudo relajar.

El viaje de novios no difirió de los muchos veraneos que había hecho con su pareja antes de casarse, excepto porque entonces salían con carpa y mochilas, ahora estaban alojados en el lujoso hotel de una playa tropical.

Paseando por la orilla del mar o tostándose al sol, pudo pensar con tranquilidad sobre la corta experiencia profesional. Se dio cuenta de que no tenía las condiciones necesarias para abordar

psicológicamente los síntomas de los pacientes y aportar algo desde los conocimientos adquiridos en la facultad.

Para compensar esa falencia había escuchado con interés y respeto los problemas de sus compañeras, las historias de la mujer vilipendiada y simultáneamente deseada, los problemas de conducta y aprendizaje de los niños de la villa, con los que actuó como maestra no cómo psicóloga.

Por si cabía alguna duda sobre sus escasas condiciones, el caso del adolescente y su bloqueo ante la situación incestuosa, estableció un cierre definitivo a sus dudas

En el viaje de vuelta le anunció a su flamante marido lo que a su llegada informaría a su familia: que no deseaba practicar su profesión y comenzaría a estudiar licenciatura en letras.

Su corta experiencia en la “salita” y el interés por los personajes, le habían hecho comprender que ella no tenía habilidad para abordar profesionalmente sus problemas, pero trataría de reflejarlos en sus relatos.

A pesar de las expectativas familiares, ella no servía como psicóloga.